

## DE LA CONQUISTA DE LA NOCHE A LA DERROTA DEL DÍA

En *Voyages dans les Alpes* Horace Benedict de Saussure escribió que sus primeros intentos de llegar a la cima del Mont Blanc habrían tenido más éxito si los guías que había reclutado en Chamonix no hubieran insistido siempre en completar el ascenso en un solo día, entre el amanecer y el atardecer. "La gente local no cree", escribió, "que se pueda intentar pasar toda una noche a la intemperie en el hielo sin consecuencias graves".

Cuando tratamos de imaginar las dificultades, los miedos, los bloqueos psicológicos que limitaban las hazañas de los padres fundadores del turismo vertical, a menudo pensamos en los materiales y prendas de vestir inadecuados, el miedo a lo desconocido, su conocimiento demasiado rudimentario de las técnicas de montañismo necesarias para superar las pendientes heladas pronunciadas o puentes de nieve sobre las grietas, y así sucesivamente. Y no somos capaces de tener debidamente en cuenta lo que fue para muchos uno de los obstáculos más graves con los que nuestros predecesores tuvieron que luchar. Para alcanzar victorioso una cumbre se requería algo más que simplemente ser capaz de superar las dificultades técnicas y los desconocidos incidentes que el camino elegido presentaba: una o varias noches a la intemperie, en alturas y lugares inhóspitos, donde ninguna persona sensata hasta entonces pensaba que era posible conciliar el sueño sin despertar automáticamente en el Más Allá. En otras palabras, el éxito del alpinismo en su infancia dependió en gran medida de **conquistar la noche**. Una conquista que -al igual que muchas otras- ocultaba los gérmenes de muchas de las graves contradicciones y degeneraciones por venir.

Es probable que incluso antes del tiempo de de Saussure otros tenaces buscadores de minerales y cazadores de cabras montesas y rebecos hubieran sido sorprendidos por el mal tiempo o la niebla y obligados a vivaquear debajo de un saliente rocoso sin sucumbir a la muerte o la locura. Pero la historia ha olvidado sus desventuras y asignado el mérito de romper el tabú al joven y excéntrico cazador Jacques Balmat de Chamonix. En un intento por parte de guías del valle de llegar a la cima del Mont Blanc, Balmat fue abandonado por sus compañeros y después de perderse se vio obligado a detenerse por el atardecer y una enorme grieta. Soportó una interminable y tormentosa noche incómoda que, aunque ciertamente no es una agradable experiencia, no fue lo suficientemente traumática para persuadirlo a abandonar la "carrera hacia la cumbre". Fue él, de hecho, quien al año siguiente, junto con el intrépido médico Michel Paccard, llegó primero a la cumbre, después de otra noche al raso, en aquel fatídico 8 de Agosto de 1786, que es hoy considerado, con razón o sin ella, como el nacimiento oficial del alpinismo. Benedict de Saussure, que había, por así decirlo, "patrocinado" la empresa, también alcanzó la cumbre al año siguiente, acompañado de dieciocho guías, un asistente personal y una caja de champán. Para facilitar el logro, de Saussure había ordenado construir a lo largo de la ruta dos rudimentarias chozas de piedra. La segunda de estas, en los Grands Mulets, resistió durante varios inviernos -aunque su ubicación exacta no se ha vuelto a saber- y puede con razón ser considerada como el prototipo de todos los refugios alpinos de alta montaña. Sin embargo, el momento aún no estaba maduro para este tipo de construcciones, y no fue sino hasta 1853, cuando la ascensión del Mont Blanc se puso de moda para los turistas más aventureros, el momento en que los guías de Chamonix decidieron construir una cabaña de madera y piedra adecuada sobre los Grands Mulets. Como es de imaginar, era un cuchitril hediondo sin el más leve rastro de confort. Sin literas o tableros para dormir, los visitantes tenían que dormir lo mejor que podían en montones de paja convertidos en una cama de olor fétido. Por extraño que pueda parecernos, acostumbrados como estamos a mucho peor devastación, esos primeros tímidos intentos de "antropizar" la *wilderness* alpina fueron ampliamente contestados y denunciados como actos de profanación.

*"Edificios similares", escribió un alpinista Inglés de la época, "gracias a los cuales la mera curiosidad puede cómodamente alcanzar y admirar grandiosos paisajes, traicionan su objetivo. ¡Cuidado! Cuando la comodidad avanza dos pasos hacia lo pintoresco, lo pintoresco retrocede otros tantos pasos."*

Basta reemplazar el término anticuado "pintoresco", con el más moderno "paisaje natural" para darse cuenta de lo sorprendentemente moderna que es esta frase. Confieso que no me importaría estrechar la mano de ese desatendido profeta: su sensibilidad puede haber parecido e incluso parecer todavía excesiva, pero sus ojos interiores sin duda habían visto lejos en el futuro.

A partir de mediados del siglo XIX en estas cabañas todavía extremadamente espartanas repartidas por los Alpes, y a principios del siglo XX, solo el Club Alpino Italiano poseía casi un centenar. Debe, sin embargo, recordarse que estas construcciones se mantuvieron discretas, rudimentarias y con frecuencia no sin un cierto encanto. Si sus siluetas inevitablemente le restaron valor a la majestad sobrehumana de su entorno, también ayudaron a dotar a esa misma majestad sobrehumana con algo inteligible con lo que medirla: en otras palabras, el contraste inmediato permitió una interpretación más intensa. En mi opinión nadie ha descrito con mayor sensibilidad que Samivel la preciosa función de intermediación cultural y emocional ofrecida a los alpinistas por las cabañas aisladas de los viejos tiempos.

*" ... Y esa noche interminable volcada sobre el abismo en torno a la pequeña hojalata donde los hombres estaban descansando. Dentro había un espacio domesticado, todavía temblando con los gestos humanos, llenos de objetos familiares, tranquilizadores y bien definidos: el perfil rústico de un banco, el resplandor rojizo de las cenizas de la estufa, el sonido estridente de las mantas en las tablas. No más que amables corazones. Un tipo de sensibilidad especial de las cosas hechas para ser utilizadas por los seres humanos, fieles como los perros, que emergen por primera vez desde el sopor interminable en el que fueron condenados a vegetar durante nueve décimas partes del año y felices finalmente, por ser útiles, por cumplir su función, de ser una mesa, un banco, una cazuela, una manta. Ya no eran objetos incomprensibles perdidos en el caos de piedra (...) Porque la cabaña navegó como un arca cargada de calor y vida, entre las ondas largas del silencio y de la muerte." (Samivel: L'Amateur d'Abimes).*

Los refugios de hoy se han transformado en pequeños hoteles que resultan tan cómodos como congestionados, y si se compara la atmósfera que prevalece en la mayor parte de ellos con el ambiente mágico descrito por Samivel, el abismo es impresionante. Casi en todas partes, el "frágil Arca" ha sido barrido para hacer espacio a demasiado sólidos "transatlánticos", dentro de los cuales los huéspedes encuentran demasiadas de las comodidades que dejaron atrás en la llanura; incluyendo, obviamente, la masificación. Pero no basta con echarle toda la culpa al enorme aumento de visitantes a las montañas, ya que esto tiende a aceptar lo que ha sucedido como un destino ineluctable y absuelve a los distintos clubes alpinos, las organizaciones locales de turismo, agencias de viajes, asociaciones de guías, etc., de toda responsabilidad por las políticas indiscriminadas de fomentar todas las formas de montañismo. Sin duda, ya no es posible señalar el momento exacto en que el respeto por el medio, por la discreción y la sencillez, fue abandonado en favor del enfoque que ha dado lugar a los excesos actuales de volumen y confort. El refugio que mejor ejemplifica los aspectos más cuestionables de la "conquista de la noche" en las grandes alturas es sin duda el refugio Regina Margherita en el Monte Rosa. En primer lugar, porque fue el primer refugio en construirse en la misma cumbre de una montaña principal; luego porque la cumbre fue minada y aplanada para construirlo; y, por último, porque la ostentosa e inapropiada renovación completada hace unos treinta años, fue uno de los más lamentables ejemplos del atraso cultural de grandes sectores del Club Alpino Italiano.

Hoy no estoy solo entre los alpinistas "románticos" en pensar que el día de ajustar cuentas ha

llegado a los refugios de montaña y que todo el problema en su conjunto tiene que ser urgentemente revisado. Si se autoriza a estos refugios a continuar proliferando fuera de control, **la conquista de la noche pronto se habrá convertido en la derrota del día**. Con esto me refiero a una degradación de la autenticidad que las altas altitudes aún pueden ofrecer a los que se les acercan directamente, sin accesorios superfluos y "muletas".

En este sentido, la "Tesis de Biella" de 1987, que puso colofón a la Convención que dio lugar al movimiento internacional Mountain Wilderness, declaró que:

*"El deseo teóricamente comprensible de convencer a tanta gente como sea posible de dedicarse al montañismo haciéndolo más accesible, a menudo ha provocado procesos de antropización perjudicial. Con el fin de cumplir con la demanda creciente, se han abierto nuevos refugios, los refugios existentes se han ampliado progresivamente, han surgido "vías ferratas" y otros incentivos para los consumidores. Pero esta política contiene errores graves de juicio. No tiene en cuenta los valores de la wilderness -y de su característica soledad- como pilares fundamentales de la calidad en el alpinismo. Creemos que la planificación y la capacidad de los refugios no deben tratar de cumplir con la potencial demanda de visitantes, sino que deben estar orientadas a la cantidad de personas que el medio natural -que se ha hecho más fácilmente disfrutable precisamente por estos refugios- pueda sostener sin llegar a perder su sentido".*

Hoy en día se está dando un paso más insidioso hacia la corrupción de la experiencia interior de las montañas. Es insidioso precisamente porque parece positivo. Muchas veces me he preguntado por qué me siento incómodo cuando veo fotos de refugios y *vivacs* construidos a partir de los planes de vanguardia firmados por verdaderos arquitectos. Estoy pensando en el nuevo refugio Gonella en el glaciar de Miage, en el *vivac* de la "era espacial" dedicado a Gervasutti a los pies de la cara Este de las Grandes Jorasses, en el novísimo brillante "coliseo" de Gouter en la ruta clásica francesa del Mont Blanc. Aquí no es sólo el tamaño más grande lo que me deja perplejo (aunque me mantengo fiel a mi -quizás utópica- convicción de que cuando un refugio es demasiado pequeño para satisfacer los crecientes flujos de visitantes, la solución no es ampliarlo, sino más bien cerrarlo, con el fin de salvaguardar la calidad del medio montañoso): es también la calidad de la intrusión arquitectónica en sí misma. Estos refugios que son fruto de diseños y planificación sofisticados, me molestan precisamente porque los considero "bellos". ¿Qué quiero decir? Quiero decir que no puedo evitar encontrar su belleza totalmente fuera de lugar, ya que su mensaje visual es agresivo, autocomplaciente, enmarcado en el sabor de un momento específico en el tiempo. Un tipo de belleza que, por su propia naturaleza -**a causa de su misma naturaleza**- chirría con el primordial, eterno atractivo de *wilderness* circundante. No estoy renegando de mis comentarios sobre las conmovedoras palabras de Samivel, pero los modestos y austeros refugios de antaño derivaban su significado como "puente" entre los seres humanos, (los hijos de su tiempo), y la majestad intemporal de las montañas precisamente porque no eran más que balsas salvavidas insignificantes arquitectónicamente: agujeros de emergencia, desprovistos de cualquier evidencia estilística visual que pudieran hacer alarde de la época en que se construyeron. Los dispositivos arquitectónicos que marcan los refugios y *vivacs* a los que me refiero, por el contrario envían un mensaje dual, que es a la vez mistificador y arrogante (aunque sólo levemente, por el momento): en primer lugar, los seres humanos pueden "embellecer" la *wilderness* de montaña como deseen y, en segundo lugar, por lo tanto, tienen derecho a imponer a esa *wilderness* los signos indelebles de su propia historia, nacidos en el mundo de las llanuras. De este modo la domesticación del espacio causada por los refugios descomunales se ve agravada por una paralela y no menos nociva domesticación de la última dimensión natural "atemporal" que tuvimos la suerte de heredar.

Carlo Alberto Pinelli